

UNA ALTERNATIVA HISTÓRICA: IDEAS PARA LA IMAGEN DE UNA SOCIEDAD NO-REPRESIVA

Zahira Betina Vazquez¹

 ORCID ID <http://orcid.org/0000-0001-6076-8933>

La posibilidad real y efectiva de una sociedad no-represiva, es decir, una forma de civilización que no tenga sus fundamentos en una continua subyugación de la naturaleza humana, aparece como una preocupación en muchas de las elaboraciones teóricas de Herbert Marcuse. La comprobación, producto de las observaciones que este autor realiza entre las décadas del '50 y '60, de que las sociedades contemporáneas más avanzadas limitan y detienen, en lugar de promover, el desarrollo y la satisfacción de las facultades y necesidades humanas, deviene en una inevitable crítica de tales sociedades. Pero, ¿cómo orientar una crítica de lo establecido? ¿De qué manera es posible evaluar la forma establecida de organizar la sociedad? Estas mismas preguntas plantea Marcuse al introducir

1 Estudiante avanzada de la Lic. en Filosofía (FFyL-UNCuyo) y becaria CIN hasta septiembre de 2021. Miembro de la Comisión Asesora del IFAA (FFyL-UNCuyo), secretaria técnica de la revista CUYO Anuario de Filosofía Argentina y Americana. Integrante de los proyectos de investigación "Configuraciones filosóficas en torno a las categorías de sujeto y existencia en el pensamiento contemporáneo" (Segunda etapa), 2019-2021 y "La revisión de la modernidad en la filosofía contemporánea. Derivaciones de la crítica del horizonte de experiencia moderno en el diagnóstico de las sociedades actuales" (Segunda etapa), 2019- 20 21.

una de sus obras más divulgadas que lleva como título *El hombre unidimensional* (1964). El autor define allí el método para la crítica de las sociedades contemporáneas. A sus ojos, la forma establecida de organizar una sociedad se mide enfrentándosela con otras formas posibles. Es decir, una práctica histórica específica puede ser evaluada a partir de su confrontación con alternativas históricas posibles que puedan ofrecer oportunidades de mejorar la vida humana. Así, el ámbito de lo real es cuestionable fundamentalmente en relación al ámbito de lo posible.

Marcuse comprueba que las capacidades de las sociedades actuales son mayores que nunca en términos de recursos materiales e intelectuales. El desarrollo científico-tecnológico ha llegado a tal punto que podría finalmente pacificar la lucha por la existencia del hombre frente a la naturaleza. Gracias a los avances técnicos, las necesidades humanas básicas podrían ser satisfechas universalmente sin fatiga, sin la necesidad de trabajo forzado. Sin embargo, esto no sucede. Parece haber una irracionalidad subyacente a la organización de la sociedad capitalista de nuestros días, en tanto su productividad no hace sino destruir el libre desarrollo de las necesidades y facultades humanas. Prevalece la guerra en lugar de la paz, la miseria por sobre la abundancia, la desigualdad y la infelicidad general. En este sentido, es claro para Marcuse que la orientación actual del aparato productivo no está dirigida a mejorar la condición humana, es decir, hacia la satisfacción universal de las necesidades y el libre juego de las facultades de los individuos. La razón de este estado de cosas reside en el hecho de que la civilización está organizada según los intereses de la dominación, que no

es otra cosa que el privilegio impuesto de unos sobre otros y una distribución jerárquica fuertemente desproporcionada del trabajo y de la abundancia o la escasez según el caso (Marcuse, H. 1985a, 17–18, 94–95).

A pesar de este desalentador panorama, el autor afirma que es precisamente esta sociedad, su alto nivel de desarrollo junto con sus recursos materiales e intelectuales, la precondition para una alternativa. La posibilidad histórica de la liberación y la creación de una sociedad no-represiva es dada como alternativa histórica en este momento, en la cumbre de la civilización, en la medida en que podría asegurarse sin problemas la subsistencia y satisfacción de las necesidades de la humanidad en general. El presente aparece como la culminación de un proceso de desarrollo del aparato productivo que posibilitaría hoy más que nunca la reducción del trabajo necesario para la satisfacción de las necesidades humanas. El trabajo que ha hecho posible el progreso es sin dudas trabajo con esfuerzo, enajenado y doloroso. Sin embargo, los resultados de este mismo proceso constituyen los prerrequisitos de un cambio cualitativo en la esfera del aparato productivo. Gracias a los avances técnicos, la automatización y mecanización del trabajo tienden a reducir la cantidad de energía que los seres humanos dedican a la producción y satisfacción de las necesidades de la vida.

La crítica que Marcuse realiza a las sociedades contemporáneas de su tiempo así como las propuestas teóricas que elabora en base a ella me parecen de sumo interés para una interpretación de nuestro propio presente. Esta es precisamente la principal motivación para buscar en

algunas de sus obras pistas para comprender nuestro particular presente histórico. Me interesa específicamente pensar, a partir del análisis de sus propuestas, la posible actualidad de su lectura acerca del malestar de las sociedades contemporáneas. Tanto Marcuse como así también Freud se dedicaron a la interpretación de este malestar, y es por ello que nos parece importante rescatar sus ideas.

La posible actualidad de Marcuse no se condice con que aparentemente hoy en día sus obras ya no son tan consultadas, especialmente en el ámbito académico. ¿Será que este autor y sus ideas han sido injustamente olvidadas? A pesar de que podamos encontrar en sus ideas importantes herramientas para la comprensión de nuestro tiempo, este autor parece no ser elegido entre los académicos para ser leído y enseñado. Quizás una relectura de sus propuestas aporte para una revalorización de sus ideas en el ámbito académico actual.

En este trabajo propongo concretamente el análisis de algunos elementos que definen la noción de sociedad no-represiva que Marcuse piensa como alternativa a la organización de la sociedad capitalista. Según él, se trata de una posibilidad real, basada en los logros materiales alcanzados por esta misma sociedad, perdiendo así el posible carácter utópico de semejante propuesta teórica.

Es importante anticipar que la imagen de una sociedad libre, no-represiva, es definida por Marcuse en base a categorías psicoanalíticas. Marcuse discute con algunas de las principales obras de Sigmund Freud, especialmente aquellas que tienen significativas implicaciones filosóficas y sociológicas. La metapsicología freudiana aporta, según este

autor, valiosas herramientas para un análisis de la cultura y la civilización humanas. A pesar de que la tesis que dirige las especulaciones freudianas identifica civilización y represión, Marcuse encuentra en estas mismas especulaciones los elementos para contradecir tal afirmación y proponer así una civilización basada no en la represión sino en la libre gratificación de los impulsos humanos.

El trabajo estará estructurado en dos partes. En la primera me ocuparé de algunos conceptos psicoanalíticos freudianos que Marcuse toma y reelabora para justificar sus propias ideas; para luego, en una segunda parte, emprender un intento de caracterización de cómo sería concretamente una sociedad no-represiva, según Marcuse. Todo esto en orden a ofrecer, en la medida de lo posible, una imagen de la sociedad no-represiva que Marcuse sostiene como alternativa a la sociedad capitalista avanzada que, según sus propios términos, se volvió super-represiva.

Civilización y represión

La pregunta que Freud se plantea en *El malestar en la cultura* (1929) acerca de la esencia de la cultura y la subsiguiente afirmación de que toda forma de civilización está basada en la subyugación de los instintos humanos motiva a Marcuse para repensar los fundamentos de esta teoría. Marcuse no disiente con Freud por la radicalidad de sus planteos sino sólo en cuanto al carácter ahistórico o presuntamente eterno de sus categorías. Freud parte de la suposición de que la civilización está basada inevitablemente en la represión de los instintos humanos más

básicos (Marcuse, H. 1985a, 17, 25, 45): el individuo humano llega a la dolorosa y temprana comprensión de que la satisfacción integral de sus impulsos es imposible en el mundo civilizado. La libre gratificación parece ser fundamentalmente incompatible con la sociedad civilizada. La tendencia natural hacia el placer irrumpe en una realidad hostil que rápidamente enseña que no siempre es posible la gratificación total. El placer debe ser retardado, restringido, en orden a asegurar cierta satisfacción. El individuo debe luchar por su existencia pues el mundo natural se presenta como un mundo demasiado pobre para la satisfacción de sus necesidades sin una constante restricción, retardo o inclusive renuncia a sus deseos. El trabajo se vuelve condición de una satisfacción más segura y duradera, aunque en sí mismo es doloroso e implica una renuncia momentánea.

Este conflicto entre el individuo y la realidad que se enfrenta a él es definido por Freud en la estructura misma del aparato psíquico como el conflicto entre principio del placer y principio de la realidad. En el desarrollo de la estructura mental del individuo, el principio de la realidad llega a destronar al principio del placer. Esto quiere decir que, en los primeros años de la infancia, el ser humano es puro impulso hacia el placer, sin límites ni restricciones; para luego, progresivamente, organizar sus instintos, postergarlos o renunciar a algunos de ellos en tanto se presenten como incompatibles con el mundo exterior. Así, en la vida del individuo maduro el placer es suspendido mientras el dolor y el esfuerzo prevalecen.

De esta manera, el concepto de hombre que deriva de la teoría psicoanalítica freudiana es el de un hombre

constitucionalmente reprimido (Marcuse, H. 1985a, 25). La cultura y su progreso aparecen a primera vista como el producto de un metódico sacrificio del ser humano o, en otras palabras, una constante subyugación de sus impulsos. Fundamentalmente, es la energía sexual o libidinal la que ha sido desviada de sus metas originales y dirigida a las tareas del trabajo.

La razón, que ha servido como justificación del principio de realidad represivo, es la irremediable escasez (*anankê*) del mundo real que pone al individuo en una situación de lucha por la existencia: puesto que la sociedad por sí misma no posee los medios para satisfacer las necesidades de sus miembros, ellos deben trabajar por su parte para colaborar en la conquista de la naturaleza. Según Marcuse, este argumento, que aparece repetidas veces en la metapsicología de Freud, proporcionó históricamente la más efectiva racionalización para la represión, y es en sí mismo falaz (Marcuse, H. 1985a, 30, 46).

Como ya anticipé, Marcuse observa que las sociedades actuales se encuentran en la cumbre de la civilización en términos de avances científico–tecnológicos. El desarrollo del aparato productivo parece haber permitido finalmente la conquista de la escasez, al menos una gran parte de ella. En este sentido, si efectivamente es esta la razón para la represión, la permanencia del principio de realidad represivo ha llegado a ser irracional. El argumento que sostiene la necesidad de la represión aludiendo a una escasez estructural es falaz en la medida en que se aplica al hecho bruto de la escasez. En realidad, sostiene Marcuse, el verdadero motivo de la represión es una organización y distribución

específicas de la escasez. El grado de represión necesaria, es decir, la cantidad de energía libidinal desviada al ámbito del trabajo, es esencialmente diferente en una sociedad en la que todos sus miembros trabajan de manera equitativa y colaborativa, frente a una organización social en la que el trabajo con esfuerzo es tarea de un grupo determinado. Históricamente, la escasez no ha sido distribuida colectivamente ni de acuerdo a las facultades individuales, ni tampoco los frutos del trabajo han sido organizados para satisfacer a la mayoría. Esta organización específica de la escasez responde a los intereses de la dominación y al deseo de mantener el privilegio de unos sobre otros.

Marcuse manifiesta así que toda realidad es histórica y por ello responde a una organización histórica específica. La escasez no es condición eterna, como así lo cree Freud, de toda forma de realidad. De hecho, la realidad de las sociedades contemporáneas se presenta como la culminación de un proceso de conquista de la naturaleza y la escasez. El motivo de que la organización de la sociedad capitalista siga siendo represiva tiene más que ver con su interés de mantener el *status quo*, a pesar de que sus logros materiales permiten pensar la posibilidad histórica de la liberación de la necesidad.

En este sentido, la organización represiva de los instintos en la lucha por la existencia se debe a factores exógenos, pues no pertenece a la misma naturaleza de los instintos, sino que es producto de específicas condiciones históricas bajo las cuales los instintos se desarrollan.

El contenido histórico de las proposiciones freudianas debe ser recapturado, y para ello Marcuse emprende una

reelaboración de sus conceptos que concluye en una duplicación de los términos “principio de realidad” y “represión”. Los nuevos términos denotan el componente socio-histórico específico de cada uno (Marcuse, H. 1985a, 45).

Los diferentes modos de organización de la sociedad dan lugar a diversas formas del principio de la realidad, que a su vez se materializan en concretas instituciones y relaciones sociales. La forma del principio de la realidad específica de la civilización contemporánea es definida por Marcuse con el nombre de *principio de actuación*: bajo su dominio, la sociedad se encuentra estratificada de acuerdo con la actuación económica competitiva de sus miembros. Se trata de la forma histórica prevaleciente del principio de la realidad en las sociedades del capitalismo tardío.

El grado de represión requerido bajo las diversas formas históricas del principio de la realidad no es siempre el mismo. Marcuse admite que existe un nivel de restricciones filogenéticamente necesario para que exista civilización, cierta modificación de los instintos es necesaria para perpetuar la forma humana civilizada. Sin embargo, ciertas organizaciones específicas de la realidad imponen restricciones más allá de este mínimo imprescindible. Marcuse distingue así una forma de *represión básica* de una *represión excedente*, esta última provocada por la dominación social. Una sociedad organizada según los intereses de la dominación, implica un plus de control sobre los individuos en orden a mantener el sistema establecido intacto.

Ejemplos de represión excedente son las restricciones y modificaciones impuestas por las instituciones del principio de actuación que prevalece en las sociedades

contemporáneas. La represión requerida para sostener tal forma de civilización contiene un plus de represión sobre los instintos, y por ello el principio de realidad específico de las sociedades contemporáneas avanzadas es super-represivo.

En este contexto, la sexualidad y la libido humanas son organizadas con el propósito de convertir el cuerpo en un objeto no de placer, como originariamente es, sino de trabajo (Marcuse, H. 1985a, 55). Esto último en vistas al adecuado desempeño/actuación del individuo en el aparato económico. Una gran porción de la energía libidinal antes impulsada a la gratificación, es redirigida al ámbito del trabajo. El cuerpo y la mente del individuo que se encuentra bajo el mando del principio de actuación son convertidos en instrumentos del trabajo enajenado.

La utilización social del cuerpo como un instrumento de trabajo ejerce una transformación tanto cuantitativa como cualitativa sobre la sexualidad humana. Implica concretamente una restricción de la sexualidad que culmina con la sujeción de los instintos sexuales parciales (la erotización de otras zonas del cuerpo) a la primacía de la genitalidad y una subyugación a la función procreativa. El resto de las manifestaciones naturales de la libido humana son tachadas de perversiones y convertidas en tabús. Esto quiere decir que, en otras palabras, la original gama de expresiones sexuales del sujeto humano es reducida a la relación heterosexual monogámica con acento en la genitalidad.

Esta organización represiva de los instintos humanos primarios bajo el principio de actuación termina por desexualizar el cuerpo. La sexualidad cae bajo un proceso general de centralización: los diversos objetos de los instintos

parciales son unificados en un solo objeto libidinal del sexo opuesto; mientras que la libido llega a estar concentrada en una sola parte del cuerpo bajo la primacía genital.

Así, la sexualidad no sólo sufre una reducción cuantitativa, en el sentido de que muchas de sus manifestaciones son reducidas a una única y funcional forma de expresión, sino que también parece sufrir una transformación cualitativa: de un principio autónomo que gobierna todo el organismo (primer momento de la infancia), es convertida en una función temporaria especializada como medio para un fin determinado (la procreación). Esta reducción implica entonces una transformación de la naturaleza misma de la sexualidad (Marcuse, H. 1985a, 50).

Según la teoría freudiana del desarrollo de los instintos, la sexualidad es por naturaleza perversa y polimorfa. Es el principio de la realidad el que progresivamente da forma a los instintos en orden a adaptar el aparato psíquico al mundo exterior. Bajo el principio de actuación, principio de la realidad específico de nuestras sociedades, las perversiones, orientadas naturalmente a desarrollar la sexualidad como un fin en sí mismo e independiente de la función procreativa, constituyen una amenaza para el orden establecido. Este es quizás el principal motivo por el cual son convertidas en tabús sociales todas aquellas formas de la sexualidad que no son funcionales al principio de actuación.

El principio de actuación que domina las sociedades capitalistas mutila el tiempo del individuo dejando una limitada porción de tiempo libre potencialmente utilizable para el placer. El principio del placer, que es en sí mismo

atemporal como el inconsciente freudiano, es sometido a un desmembramiento temporal, o, lo que es lo mismo, su distribución en pequeñas dosis repartidas. Así, la libido experimenta una reducción no sólo espacial (concentración en una zona corporal específica), en relación a su función (procreativa) y a su objeto (individuo del sexo opuesto), sino también temporal.

La sumisión del principio del placer al principio de la realidad específico de nuestro tiempo es completada, entonces, cuando Eros es reducido a la sexualidad procreativa monogámica. Este proceso es consumado sólo cuando el individuo ha llegado realmente a ser un sujeto-objeto de trabajo en el aparato de su sociedad (Marcuse, H. 1985a, 92).

A partir de estas ideas, sería válido pensar que la represión, en tanto modificación o renunciación a los impulsos humanos, parece estar a la base del funcionamiento del mundo civilizado. Esta es precisamente la identificación a la que Freud arriba en sus especulaciones metapsicológicas: la represión sería el prerrequisito necesario a toda forma cultural. Marcuse contrapone a esta conclusión la idea de que, en realidad, es siempre una organización histórica específica de la cultura la que impone o no restricciones sobre la estructura instintiva de los seres humanos. El grado de represión no es absoluto, sino que es relativo a las diversas formas históricas del mundo civilizado.

De esta manera Marcuse llega a preguntarse si es posible una forma histórica cultural que no implique un exceso de represión sobre los miembros de su sociedad, sino que, por el contrario, esté concentrada en la gratificación integral de sus necesidades. Esta sería precisamente

una civilización no-represiva, libre, capaz de eliminar toda represión excedente impuesta sobre los individuos. Como ya se anticipó más arriba, las bases materiales que posibilitarían este cambio histórico están dadas en los logros de las mismas sociedades del capitalismo avanzado. Precisamente por esto es que una sociedad no-represiva aparece como una alternativa histórica de nuestro presente.

Hacia una civilización sin represión

Parece evidente que una sociedad no-represiva es posible sólo a partir de una transformación del principio de realidad prevaleciente. Por ello es que Marcuse emprende en *Eros y Civilización* (1953) una crítica del principio de la realidad establecido en nombre del principio del placer. En la civilización libre que nuestro autor tiene en mente, el principio de la realidad aparece reconciliado con el principio del placer. La relación antagónica que ha prevalecido entre ellos se ha vuelto irracional, en la medida en que el principio de actuación y sus instituciones súper-represivas ya no son necesarias en la cumbre de la civilización. El mismo proceso histórico que hizo posible el desarrollo de las sociedades actuales tiende a hacer inútiles sus instituciones y, con ello, la organización de los instintos impuesta por ellas. La conquista de la necesidad y la escasez abre la posibilidad real de una eliminación gradual de la represión, en la medida en que implica la reducción del tiempo de trabajo necesario para la satisfacción de las necesidades de la vida.

En este sentido, la negación del principio de actuación en vistas a un principio de realidad no-represivo aparece no

contra sino *con* el progreso de la racionalidad consciente (Marcuse, H. 1985a, 145). Este cambio en la dirección del progreso presupone la más alta madurez de la civilización, y es por ello el prerrequisito para mantener el progreso. Se trata específicamente de un cambio cualitativo en la orientación del aparato productivo, dirigido ahora no hacia la explotación y dominación de los seres humanos, sino hacia la pacificación de la existencia y la satisfacción de las necesidades de la totalidad de la humanidad. Para Marcuse, si las técnicas fueran utilizadas para la pacificación de la lucha por la existencia y la liberación del ser humano de la necesidad natural, tal cambio cualitativo sería una transición a un estadio más alto de civilización (Marcuse, H. 1985b, 256).

Este cambio constituye la precondition para una civilización no-represiva, pues al eliminar la represión excedente, afectaría la estructura misma del aparato psíquico, reactivaría campos de gratificación convertidos en tabús por la sociedad establecida, y transformaría la experiencia básica del ser y la existencia humana en su totalidad.

En orden a comprender este cambio en la experiencia básica del ser propia de una civilización sin represión (excedente), Marcuse acude al pasado prehistórico del individuo en búsqueda de un arquetipo de otro tipo de relación existencial con la realidad. El descubrimiento freudiano del narcisismo primario, momento decisivo en la teoría psicoanalítica de los instintos, podría echar alguna luz sobre este arquetipo.

Para comprender esta fase del desarrollo de la libido y sus implicaciones existenciales, interesa recordar las primeras palabras de Freud en el *Malestar en la cultura*. El

primer capítulo de esta obra comienza especulando acerca del origen o la fuente de la religiosidad. Freud toma como punto de partida la suposición de un amigo que afirma que la fuente genuina de la religiosidad en los hombres es una especie de sentimiento oceánico o de eternidad, descrito como una sensación particular, como de algo sin límites o barreras.

A pesar de que Freud no admite que este sentimiento sea efectivamente el origen de la religiosidad humana, emprende un análisis del sentimiento oceánico relacionándolo con el desarrollo del sentimiento yoico hasta su madurez. Allí nos dice que el sentimiento de nuestro sí-mismo, de nuestro propio yo, nos aparece en la adultez como autónomo, unitario, y bien deslindado de todo lo otro. Sin embargo, este sentimiento yoico del adulto no puede haber sido así desde el comienzo, sino que es producto de un desarrollo ulterior.

Según Freud, el individuo lactante no separa aún su yo de un mundo exterior. Originariamente, el yo lo contiene todo, y sólo más tarde, poco a poco, segrega de sí un mundo exterior. Así, nuestro sentimiento yoico maduro es sólo el resto de un sentimiento más abarcador que correspondía a una atadura más íntima del yo con el mundo circundante.

De esta manera, el narcisismo primario, previo a toda libido dirigida a objetos, en el que el yo abarca el ambiente y es por ello el único objeto omniabarcante del placer, constituye mucho más que mero autoerotismo. La relación antagónica entre el ego y la realidad exterior es sólo una forma y estado posteriores de la original relación entre ellos.

El sentimiento oceánico parece ser en verdad un deseo de reinstalar el narcisismo primario, momento de plena gratificación previo a la imposición del principio de la realidad por sobre el principio del placer. Marcuse encuentra en el narcisismo primario el germen de un principio de la realidad cualitativamente diferente, que implicaría nuevas relaciones existenciales entre el yo y el mundo, el hombre y la naturaleza, el ego y la realidad, o, también, el principio del placer y el principio de la realidad (Marcuse, H. 1985a, 161).

Según Freud, este sentimiento yoico originario del ser humano es conservado en el inconsciente como muchos otros elementos del pasado sobreviven allí. El problema de la conservación psíquica de lo originario es uno de los temas que preocupan al psicoanálisis desde sus inicios. Parece innegable el hecho de que el olvido nunca es definitivo, a pesar de que los modos de conservación son misteriosos aún para el Freud más maduro en sus especulaciones. Así, la preservación de lo antiguo y originario es más bien la regla y no una excepción. El sentimiento oceánico mencionado en las primeras páginas del *Malestar en la cultura* estaría reconducido precisamente a la fase más temprana del sentimiento yoico, de narcisismo irrestricto, y aspiraría a restablecerlo.

El narcisismo primario contiene en sí una actitud erótica no represiva hacia la realidad, que posteriormente coexiste con el ego maduro limitado y atado a la represión del principio de la realidad. En este sentido, para Freud, la liberación de la represión sería un asunto de retrogresión. Se trata de un estadio de la prehistoria del individuo

que difícilmente puede ser restituido, pues la represión es fundamentalmente constitutiva del proceso natural de desarrollo psíquico del ser humano. La liberación del presente orientado hacia un futuro sin represión es para él una mera utopía (Marcuse, H. 1985a, 142–143).

Marcuse disiente de Freud en este aspecto, en tanto comprueba que el desarrollo de las sociedades contemporáneas, especialmente su progreso técnico en el aparato productivo, podrían permitir la liberación de la necesidad y por ello la eliminación de la represión excedente. Sin esta represión, es decir, sin la necesidad de redirigir grandes cantidades de energía libidinal al trabajo productivo, las formas originarias del aparato psíquico podrían restablecerse. Volverían a un estadio previo a las modificaciones impuestas por el principio de la realidad represivo.

Marcuse destaca dos facultades mentales que serían conservadoras de las formas de libertad y felicidad pasadas, reprimidas y mutiladas por el principio de realidad prevaliente. Ellas son la memoria y la fantasía. El verdadero valor de estas facultades no se relaciona únicamente con el pasado, sino que aspiran al futuro en la medida en que claman por liberar la realidad histórica en el mismo acto de no olvidar las potencialidades reprimidas. El inconsciente retiene los objetivos vencidos del principio del placer, y la memoria los recaptura.

Su verdadero valor yace en la específica función de la memoria de preservar promesas y potencialidades que son traicionadas e inclusive proscriptas por el individuo maduro, civilizado, pero que han sido satisfechas alguna vez en su

tenue pasado y nunca olvidadas por completo [...] La regresión asume una función progresiva (Marcuse, H. 1985a, 32).

Particularmente la fantasía es presentada por Marcuse, de la mano de Freud, como la única facultad mental que conserva un alto grado de libertad frente al principio de la realidad establecido (Marcuse, H. 1985a, 137). En los primeros años de vida, el establecimiento del principio de realidad provoca una especie de mutilación en la mente del individuo. Sucede que una parte del aparato mental queda supeditada al mando de las imposiciones de la realidad, se encuentra dominada por ellas y adquiere por ello el status de un ego organizado; mientras que otra parte, rebelde al principio de realidad, permanece libre de él. Esta última es relegada al ámbito de lo impotente, irrealista, e incluso inútil o falso frente a un ego que responde a las exigencias del principio de la realidad establecido. La fantasía permanece como algo agradable, pero llega a ser inútil en términos de la realidad establecida pues sigue hablando el lenguaje del principio del placer, previo a toda represión y organización impuesta.

La fantasía o la imaginación, que en este caso son sinónimos, conservan la estructura y las tendencias de la psique anteriores a su organización por la realidad. Así, preservan el recuerdo del pasado subhistórico y por ello permanecen relacionadas con la imagen de unidad inmediata entre lo universal y lo particular, entre el mundo y el yo, bajo el dominio irrestricto del principio del placer propio de ese momento particular en el desarrollo del sentimiento yoico que Freud llama narcisismo primario.

La fantasía se caracteriza por su capacidad de visualizar la reconciliación entre el individuo y la totalidad, como también entre el deseo y la realización. Esto en la medida en que conserva la armonía previa al conflicto entre el principio de la realidad y el principio del placer. Ella preserva en sí la imagen de superación de una realidad antagónica que se presenta como un conflicto entre el individuo y su sociedad, o, en otras palabras, entre las exigencias pulsionales internas y las restricciones impuestas por la cultura. La posibilidad de tal armonía ha sido convertida en utopía por el principio de la realidad establecido, y Freud acuerda con esta idea.

Podría decirse que la fantasía posee entonces una función fundamentalmente crítica en su negativa a aceptar las limitaciones impuestas por el principio de realidad represivo y en su negativa a olvidar lo que puede ser. En este sentido, el hecho de que las proposiciones de la imaginación sean falsas en términos de la organización actual de los hechos pertenece en realidad a la esencia de su verdad en tanto crítica y negación de lo establecido. En este acto conservador de potencialidades reprimidas, la fantasía contiene en sí las posibles alternativas a lo establecido, y precisamente por esta razón ella es esencialmente crítica.

Bajo el mando del principio de la realidad represivo, la imaginación ha sido considerada como una facultad humana opuesta a la razón y por ello tachada de irracional. Sin embargo, en el marco de las sociedades contemporáneas, los avances técnicos permiten hacer efectiva la realización de muchos de los objetivos de la fantasía. De esta manera:

... el libre juego del pensamiento y la imaginación asume una función racional y directiva en la realización de una existencia pacífica del hombre y la naturaleza (Marcuse, H. 1985b, 263).

Por estos motivos, Marcuse reconoce en la imaginación una facultad mental capaz de orientar el progreso hacia formas civilizadas más libres que la actual. La racionalidad de la imaginación reside precisamente en esta capacidad de proyectar hacia el futuro alternativas que, gracias al progreso técnico de nuestras sociedades, pueden ser realizadas. Así, la imaginación aparece como un posible instrumento orientativo del progreso.

Como ya se advirtió más arriba, tal cambio en la dirección del progreso implicaría, al disminuir la represión sobre los individuos, una reducción del tiempo de trabajo necesario y un aumento del tiempo libre para el desarrollo de las potencialidades individuales. La eliminación de la represión alteraría la estructura de la psique, posibilitando así una nueva experiencia del ser en general.

Marcuse encuentra en la tradición mítica de la cultura occidental símbolos de un principio de realidad diferente que implican una experiencia del ser fundamentalmente antagónica al principio de la realidad establecido. Ellos son opuestos a los héroes culturales, en tanto promueven imágenes de gozo y realización en lugar de productividad y dominación. Se trata de las imágenes míticas de Orfeo y Narciso, que, según Marcuse, poseen un valor histórico específico. Sucede que ellos se oponen a las imágenes prometeicas de héroes culturales que simbolizan el esfuerzo

por dominar la vida y la naturaleza, imágenes que de alguna manera han guiado el destino de la humanidad. Orfeo y Narciso, que no han llegado a ser héroes de la cultura occidental, defienden una realidad muy diferente. Recuerdan la experiencia de un mundo que no está para ser dominado y controlado, sino para ser liberado. Se trata específicamente de una libertad erótica, en la medida en que da salida a las potencialidades de Eros que, actualmente, se encuentran reprimidas y limitadas.

Los árboles y los animales responden al lenguaje de Orfeo; la primavera y el bosque responden al deseo de Narciso. El Eros órfico y narcisista despierta y libera potencialidades que son reales en las cosas animadas e inanimadas, en la naturaleza orgánica e inorgánica –son reales, pero en la realidad sin erotismo han sido suprimidas. Estas potencialidades circunscriben el *télos* inherente a ellas como: ser sólo lo que ellas son, estar allí, existiendo (Marcuse, H. 1985a, 158).

La experiencia del ser que subyace al mundo órfico y narcisista parece ser esencialmente diferente a la que sostiene el mundo del principio de actuación. La unidad y la armonía entre el hombre y la naturaleza, entre el sujeto y el objeto es patente en este mundo que Orfeo y Narciso simbolizan. El ser es experimentado como gratificación, y, por ello, el modo de dirigirse a la naturaleza y a las cosas en el mundo tiene que ver con el amor y el cuidado antes que con la violencia y la opresión. Las cosas y los animales responden al lenguaje órfico o narcisista apareciendo como son realmente: llegan a ser libres para ser lo que

son. Según Marcuse, esta libertad no es otra cosa que la obra de Eros.

Parece ser que, en este contexto, la realización erótica del hombre es también la realización de la naturaleza (Marcuse, H. 1985a, 158). El mundo natural es un mundo de crueldad, opresión y dolor como también lo es el mundo humano. Ambos deben ser liberados, y este acto sólo es factible a partir de la acción de Eros. El dominio de la naturaleza por el ser humano es subordinado en sí mismo a la liberación y la pacificación de la existencia. El mundo civilizado produce los medios para liberar no sólo al hombre de su miseria sino también a la naturaleza de su brutalidad (Marcuse, H. 1985b, 266).

Narciso y Orfeo son así interpretados por Marcuse como símbolos de una actitud erótica no represiva hacia la realidad que nos acerca a la imagen de una sociedad no-represiva. Ellos simbolizan el rechazo al principio de la realidad represivo en nombre del principio del placer. Su negativa a aceptar un mundo fragmentado y oprimido se expresa en una experiencia del ser y la naturaleza fundamentalmente diferente que Marcuse toma como modelo para pensar una civilización libre.

Es importante señalar que tanto la imagen erótica de Orfeo como la de Narciso constituyen también una protesta en relación con la organización normal establecida de la sexualidad. Como fue detallado en la primera parte de este trabajo, bajo el mando del principio de actuación la sexualidad es organizada en orden a convertir el cuerpo en un objeto de trabajo. La represión excesiva que impone el principio de la realidad de nuestras sociedades sobre

la psique de los individuos es tal que la mayor parte de sus manifestaciones originales son reducidas a la relación heterosexual en función de la procreación. Tanto Orfeo como Narciso son asociados por la tradición clásica a formas de la sexualidad perversas, y por ello irían en contra de la normalidad establecida. Orfeo es asociado con la introducción de la homosexualidad, mientras que Narciso, en su autoerotismo, tampoco encaja en el modelo de la sexualidad de la cultura occidental. En este sentido, ambos constituyen una protesta contra el orden represivo de la sexualidad procreativa.

La imagen de una cultura no-represiva, extraída de la mitología y del psicoanálisis, implica la liberación instintiva. Esta liberación sería en algún sentido una regresión en la medida en que reactivaría estados anteriores de la libido que fueron olvidados luego de la imposición del principio de la realidad represivo. Sin embargo, esta regresión, al ocurrir en la cumbre de la civilización, tiene como fundamento la más alta madurez de la misma. Como se dijo un poco más arriba, la civilización no-represiva no constituye un retroceso en el desarrollo de la humanidad, ni una detención del progreso, sino más bien su prerequisite.

La regresión a estados anteriores a las imposiciones del principio de la realidad desharía la canalización de la sexualidad dentro de la reproducción monogámica heterosexual y rompería el tabú sobre las perversiones. Esto provocaría no una explosión de la libido, como suele pensarse, sino más bien un esparcimiento (Marcuse, H. 1985a, 188): el cuerpo en su totalidad sería sexualizado otra vez. Esto significa que muchas de las zonas erógenas

del cuerpo previamente desexualizadas serían reactivadas. Resurgiría así la sexualidad polimorfa pregenital, eliminando la supremacía genital impuesta por el principio de actuación. El libre desarrollo de la libido bajo un principio de la realidad no-represivo al mismo tiempo que erotizaría zonas, tiempo, y relaciones, minimizaría las expresiones de la mera sexualidad integrándolas dentro de un orden mucho más amplio.

Bajo condiciones no-represivas, la sexualidad tiende a su propia sublimación. Marcuse utiliza el término *autosublimación de la sexualidad* (Marcuse, H. 1985a, 191) para referirse al hecho de que bajo condiciones específicas la sexualidad puede crear relaciones humanas altamente civilizadas. La idea de que toda forma de civilización está necesariamente basada en la subyugación de los instintos humanos, idea que sostiene Freud en el *Malestar en la cultura*, cae ante la posibilidad de una sociedad basada en la gratificación universal de los instintos. El hecho de que, ante la restauración de la estructura original de la sexualidad, el campo y el objetivo del instinto son agrandados de tal forma que llegan a ser la vida misma del organismo, sugiere la transformación conceptual de la sexualidad en Eros (Marcuse, H. 1985a, 191).

Como fue detallado en la primera parte, el principio de la realidad represivo históricamente impuso una reducción de la sexualidad originalmente esparcida en todo el cuerpo, con una multiplicidad de objetos, a una sexualidad genital heterosexual procreativa. El Eros original fue reducido así a la sexualidad procreativa. En el marco de una sociedad no-represiva, bajo un principio de la realidad cualitativamente

diferente, la sexualidad tiende a su propia sublimación: ampliaría su campo de gratificación y se transformaría en Eros.

Marcuse reconoce en *Eros y Civilización* que esta transformación de la libido tiene en verdad un poder constructivo de cultura, sentando así las bases para una civilización no-represiva.

En síntesis

La propuesta de Marcuse parece estar especialmente concentrada en refutar el posible carácter utópico o irrealizable de una sociedad no-represiva. Ella estaría fundamentada en los logros materiales reales de las sociedades actuales, especialmente sus avances científico-tecnológicos. Para Marcuse, la posibilidad de una sociedad no-represiva no sólo constituye una alternativa histórica real, sino que también denota una necesidad histórica. Esto último en la medida en que semejante cambio en la dirección del aparato productivo es en verdad, según Marcuse, la condición para mantener el progreso de la humanidad.

Semejante viraje en la orientación del progreso provocaría cambios estructurales tanto a nivel individual como social. Según Marcuse, la eliminación de la represión impuesta por el principio de la realidad prevaleciente, o, más específicamente, el principio de actuación, abriría la posibilidad a una forma de civilización basada en una experiencia del ser fundamentalmente diferente, una relación entre el hombre y la naturaleza esencialmente distinta a la actual, como así también abriría la posibilidad de establecer otro tipo de relaciones existenciales entre los seres

humanos. Me encargué específicamente en la segunda parte de este trabajo de detallar algunos de estos puntos. El ser sería experimentado primordialmente como gratificación, eliminando así las barreras que separan al individuo de su entorno. Sin duda alguna, este hecho modificaría el modo en que el ser humano se relaciona con la naturaleza y con los otros miembros de su sociedad.

Me parece que la propuesta teórica de Herbert Marcuse ha sido injustamente olvidada en el ámbito académico. Creo que sus ideas podrían retomarse y repensarse en la actualidad, y los problemas que plantea, como así muchas de sus soluciones, no dejan de ser vigentes en nuestros días. Es cierto que nuestro autor parece haber terminado algunas de sus obras de madurez, entre ellas *El hombre unidimensional* que trabajamos aquí, con cierto aire de pesimismo. Hacia el final de este texto, luego de presentar en los capítulos anteriores un hombre mutilado en sus facultades por un sistema opresor, se pregunta si existirá realmente algún sujeto histórico capaz de vencer el aparato político capitalista de su tiempo. También en *Eros y Civilización*, al principio, Marcuse anticipa el hecho de que, si bien los logros de la ciencia y la técnica permiten pensar la posibilidad de una sociedad libre, ellos están siendo utilizados para el propósito contrario: responden a los intereses de la dominación.

A pesar de esto, pienso que sus ideas están mayormente teñidas de esperanza en la posibilidad de una efectiva transformación social. Quizás sería importante rescatar estas ideas y pensar sus implicancias en nuestra propia actualidad.

Bibliografía

Freud, Sigmund. 2007. *El Malestar en la cultura* en Obras completas (24 Tomos). Buenos Aires: Amorrortu.

Marcuse, Herbert. 1984b. *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. Barcelona: Planeta-De Agostini.

Marcuse, Herbert. 1985a. *Eros y Civilización*. Barcelona: Planeta-De Agostini.